

LECTURAS DE PASCUA

DAVID ANISI

Los tres mundos

y 5. Nuevos decorados para el nuevo siglo

LOS tres, en sitios tan distantes, miraron al mismo tiempo la misma estrella.

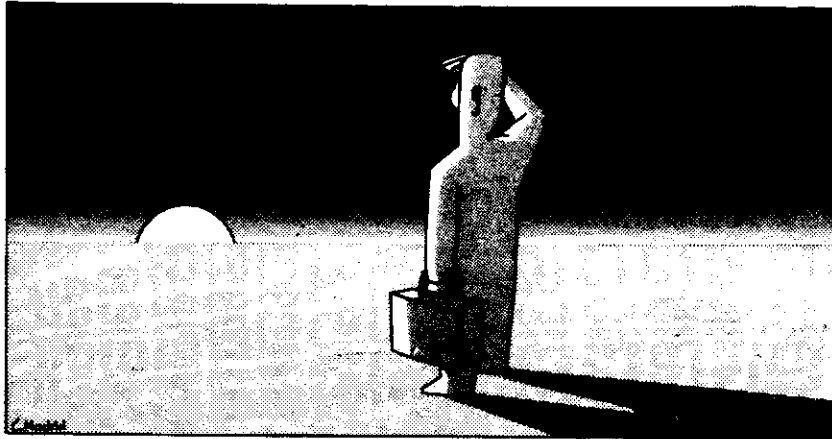
Algo le decía que su vida debía ser algo más que una cuenta de gastos. Necesitaba creer en algo más que en el dinero y deseaba sentirse acompañado, unido a otros. Quería descansar y dejar de competir.

Algo le decía que su vida debía ser algo más que un continuo reglamento. Necesitaba creer en algo más que en la Organización, y deseaba sentirse solo y frívolo. Quería descansar y dejar de ser responsable. Algo le decía que su vida debía ser algo más que un conjunto de devociones. Necesitaba creer en algo más que en la tradición y deseaba empaparse de novedades. Quería descansar y dejar de ser respetable.

El ruido del mundo envolvió sus pensamientos. Había gritos de dolor en alguna parte. Sonidos de placer en otra. Susurros de ternura entre las piedras. Clamor de esperanza en todos. Los vampiros afilaban sus colmillos. Los sinvergüenzas de siempre se remaquillaban. Los poderosos trataban de seducir, ansiosos, con el nuevo escenario.

El desequilibrio de las cosas

Los grandes de los tres mundos sólo se encontraban parcialmente contentos. Los ricos del País de los Hombres Ricos eran muy ricos, como muy venerables resultaban los venerables del País de los Hombres Venerables, y todo era organización en el País de los Hombres Grises. Pero eran conscientes de que aquellas formas de dominación comenzaban a agotarse. Los hombres sencillos del País de los Venerables miraban con envidia la riqueza del País de los Ricos y comenzaban a tratar de organizarse en algo que no fuera simplemente un fomento de la devoción. Los que ocupaban los escalones más bajos en la jerarquía del País de los Hombres Grises compartían la envidia por la abundancia de los bienes del País de los Ricos y deseaban vivir con otros valores que no fueran aquellos que



reforzaban la Organización. Incluso en el País de los Ricos se comenzaba a percibir, sobre todo en aquellos que lo eran menos, un cansancio de la soledad real a la que que estaban condenados y un deseo de creencias distintas a las que constituían el culto al dinero.

Desde el punto de vista de los grandes poderosos, el asunto estaba tremendamente claro: o extenderse o desaparecer. Y ninguno quería desaparecer. Por otro lado el recurso a las armas estaba completamente descartado. Los ejércitos del País de los Hombres Ricos y del País de los Hombres Grises habían llegado a tal nivel de sofisticación y de capacidad de destrucción que era impensable su enfrentamiento mutuo. Ninguno de ellos hubiera tolerado que el otro, por su cuenta, aplastara al Ejército de fanáticos de los Venerables tomando para sí las Tierras del Sur, y de ponerse ambos de acuerdo para hacerlo conjuntamente y repartírselas a continuación, se hubiera tenido que producir una matanza de tales proporciones que sobrepasaba incluso la tenue moralidad de los grandes ricos y los grandes jerarcas.

Con lo que decidieron reunirse a pensar qué podían hacer. Ya no eran las mismas personas, pero el Gran Rico, el Gran Jerarca y el Gran Venerable se reconocieron

inmediatamente como aquellos otros que, hacía ya bastantes años, se habían dividido el mundo.

Los ricos tenían mucho que ganar volviendo a un solo mundo. Desde un punto de vista estrictamente económico los otros dos mundos rivales eran unos magníficos generadores de demanda efectiva y una fuente casi ilimitada de mano de obra barata y disciplinada. Adicionalmente, también les permitiría disfrutar de cantidad de cosas que por pertenecer a esos países les estaban vedadas. Y siempre quedaba, aparte de todo, el placer personal que les proporcionaría dar órdenes y cambiar el planeta, esto es ejercer el poder, en aquellos lugares cerrados antes para ellos. Sólo había que conseguir *enchufarlos al mercado*. Todo lo existente podría conseguirse entonces a cambio de dinero.

La búsqueda del poder

Poco tuvieron que presionar los ricos a los jerarcas y a los venerables para avanzar juntos en esa idea. Todos querían tener cosas, y estaba claro que si de eso se trataba, el sistema de mercado era el más apropiado para producirlos en cantidades masivas. En una primera fase, además, el mercado se introduciría bajo su control y supervisión, pudiendo mantener el po-

cha atrás cayera quien cayera. Muchos de los súbditos que bajo distintas formas habitaban los hasta ahora tres mundos se ilusionaron con el cambio. Otros ni se enteraron. Algunos dijeron que comenzaba una nueva era.

De tres a uno

He llegado a casa y me he encontrado al pequeño majadero verde con el que vivo leyendo un libro cabeza abajo. "¿Preparándote para el 92?", le interrogo. "Sever la rajbah a odneidnerpa yotse", me contesta conteniendo la risa. "Nunca podrás decir nada en serio, ¿no?", observo. Deja el libro, se da la vuelta, y mientras recoge algunas colillas de la alfombra me dice provocador: "Hay muchos mundos, pero están en éste". "Pareces -le digo para molestar- un anuncio de perfume". "Pues es la frase de un brujo", me replica peleon. Paso de él y mientras contemplo desolado el frigorífico oigo como predica a uno de sus amigos -inanimados e invisibles para mí, pero que por fortuna parece que habitan en la casa -alguna de sus tonterías. Presto atención y escucho: "...y después de ese que dice que se ha llegado al fin de la historia hay otro más divertido que lo que dice es que ahora, al confluír sus sistemas, podrán ser al mismo tiempo felices, opulentos y solidarios, y entonces uno se acuerda de lo que contaba Moncho Alpuente del cerdiperry y da mucha risa porque..." "¿Qué estás diciendo?", le interrumpo. "Nada -me explica con su condescendencia habitual ante mi condición de estúpido- que en vuestros experimentos tratáis de obtener una planta con las raíces de patata y las hojas de lechuga y lo que lograis es una planta con las raíces de lechuga y las hojas de patata". "¿Quieres decir -le pregunto seriamente- que nuestro destino inmediato no será ser felices, opulentos y solidarios sino desilusionados, pobres y solos". Me mira a los ojos y me responde: "Yo te quiero". Le he puesto colonia y nos hemos ido, contentos, a bebernos la noche hasta que el sol avise.